



empréstitos; se vendieron los cargos vitalicios, y se estableció la capitación. Entretanto iban desapareciendo todos los grandes hombres que había legado á Luis el reinado precedente. Lionne, célebre diplomático, capaz de gobernar la Europa entera, que con su sinceridad y conocimientos dirigía la inexperiencia de su señor, y que preveía las dificultades y los medios de vencerlas, murió en 1671, y desde entonces la hábil política de Luis se convirtió en apasionada. Luxemburgo murió también (1695); el rey dejó de estar á la cabeza de los ejércitos; y las intrigas de sus damas llevaban hombres inepptos al ministerio. La industria se hallaba arruinada por haber prohibido Inglaterra todo comercio con Francia, no sólo á los suyos, sino también á los extranjeros. Los bombardeos de que Luis había dado el ejemplo, se volvieron en contra suya, y los ingleses trataron de destruir los puertos, de los cuales salían centenares de corsarios con el objeto de hostilizarlos. Contra San Mala llevaron una máquina infernal que no causó grande daño; despues bombardearon á Dieppe, al Havre, Calais y Dunkerque, si bien los resultados no correspondieron á las esperanzas.

Por un lado, Inglaterra, que se hallaba cansada de tantos sacrificios, á los que no veía un término razonable, y por otro, la muerte probable del rey de España, excitaba el deseo de arrebatarse la herencia á los muchos que la pretendían. Luis volvió á ensayar sus artificios pa-

ra deshacer la liga separando uno por uno á todos sus miembros. Comenzó por Víctor Amadeo, al que restituyó cuanto le había tomado y le pidió una hija para el duque de Borgoña, habiendo revestido de los honores reales á sus embajadores. Entre los demas confederados mediaron multitud de tratados, hasta que en el congreso de Ryswick en Holanda fué firmada la paz entre Inglaterra, España, los Estados generales y Francia.

Las condiciones fueron moderadas: España recobró las plazas que había perdido en Cataluña, en los Países-Bajos, y algunas de las *reunidas*; Inglaterra y Francia se devolvieron recíprocamente las que habían conquistado; Luis reconoció por rey á su mayor enemigo Guillermo, sin cuidarse jamás de Jacobo, y la Holanda devolvió á Pondichery á la compañía francesa de las Indias. En cuanto al imperio, Luis quedó dueño de Strasburgo, Kell, Philipsburgo y Brisack, renunciando á los países reunidos: los créditos de la duquesa de Orleans fueron remitidos á Roma, que los aceptó por 300.000 escudos.

No quedaban con esto renovadas las paces de Nimega, de Westfalia, ni de los Pirineos; pero sí asegurada la independenciam de los Estados, cuyo peligro había producido tres guerras: comprendióse entonces mucho más la necesidad del equilibrio, y la Inglaterra se propuso dirigir la política continental como adversaria de Francia.

CAPÍTULO VIII

El rey, la corte y la sociedad.

Los sucesos que habían ocurrido hasta aquel tiempo, eran bastantes para dar á conocer ya á Luis XIV, rey tan extraordinariamente elogiado y vilipendiado, que es muy difícil juzgarle con justicia. Era de mediano ingenio, y su educacion habia sido tan escasa, que apenas comprendia el latin del breviario. El fondo de su carácter era bueno, y no sólo no se le podia acusar de ninguna venganza personal, sino que economizó los castigos siempre que le fué posible. Llame de dignidad y de gracia, de gravedad y cortesania, eminentemente despótico, pero sólo por instinto y sin violencia ni perversidad; no fué un valiente capitán ni un profundo político, pero en realidad fué un gran rey y poseyó las cualidades que tanto alucinan al mayor número, esto es, las medianas, y todos los artificios para realzar las buenas y ocultar las malas.

Richelieu y Mazarino habian preparado el reino y el sistema de gobierno de modo, que si antes necesitaban los reyes para ser grandes elevarse sobre sus contemporáneos, á él le bastó no cederles en talento.

En el exterior encontró fraccionada la Alemania, al Austria apartada de sus pretensiones de soberanía, á Inglaterra en guerra civil, en decadencia á España, Holanda en conmocion y destrozada Italia. Francia, entre tanto, habia llegado á la unidad de territorio y de jurisdiccion; el feudalismo, que la habia ido desmoronando en los reinados anteriores, y el calvinis-

mo, que poco antes habia creído convertirla en república federativa, yacian abatidos; los privilegios de los nobles, los del clero, de los municipios y del Parlamento, eran suficientes para protestar contra los excesos del despotismo, pero no para impedirlos; de modo, que Luis podia dedicarse á gobernar, á establecer la autoridad de las leyes y á hacer de Francia una monarquía absoluta, que por su unidad debia ser el centro de Europa.

Desgraciadamente le insinuaron cuán bella era la gloria del conquistador, y la primera guerra que hizo, harto injustamente, contra los holandeses, á quienes aborrecia por ser herejes, comerciantes y republicanos, le lanzó á una serie de otras que le llenaron al mismo tiempo de gloria y de maldiciones. Aspirar á la monarquía universal era imposible cuando las naciones se hallaban en tal estado de eferescencia, y la cristiandad dividida en dos partidos encarnizados; y mucho ménos podía hacerlo un rey que sólo tomaba las armas por vanidad. Pero sus frívolos pretextos para alterar la paz, el despreciar todos los pactos y derechos de los demas, y los elogios que los aduladores prodigaban áun á sus acciones ménos dignas, sublevaron contra él el odio del miedo; los príncipes del Imperio, al principio fieles y adictos al que habia salido garante de sus libertades, volvieron en su daño aquel equilibrio político habia sido inventado para sujetar al Austria; las potencias marítimas, que por su absoluta preponde-



rancia sobre los mares se vieron dueñas de la Europa, deshojaron sus laureles; y llegó á ser lucha de principios, aquella que solo parecia de despecho y de frívolas rivalidades.

En las *Instrucciones al Delfín* nos informa el mismo Luis de su política y de la fidelidad con que observaba los tratados. «Toco una cuerda delicadísima. Está muy léjos de mi ánimo el aconsejaros la infidelidad, pero en estas materias debe hacerse una distincion. El estado de las dos coronas de Francia y España se halla de tal modo unido, que no puede elevarse la una sin que cause perjuicio á la otra; de aquí procede un recelo que me atrevo á decir que es esencial; una especie de enemistad permanente, que los tratados pueden ocultar, pero no extinguir, porque la causa subsiste siempre; y trabajando la una contra la otra, no cree hacer mal á su enemiga, sino conservarse á sí propia; deber tan natural, que á todos los otros sobrepuja. Y para hablar con franqueza, jamás se lleva á cabo ningun tratado sin esta intencion... Por esto se puede decir, que dispensándose igualmente de observar á la letra los acuerdos, no se contraviene á ellos en sentido riguroso; y si bien están extendidos en aquellos términos, es porque no pueden usarse otros; lo mismo se hace el mundo con los cumplimientos, absolutamente necesarios para vivir unidos, y sin embargo valen mucho ménos de lo que significan. Así, pues, en el tratado con España, cuanto más extraordinarias, repetidas y llenas de precauciones eran las cláusulas en que se prohibia dar auxilio á Portugal, tanto mas manifestaban que no se creia que yo debiese abstenerme de hacerlo, y por eso no me he abstenido.»

Cuando de la palabra de un príncipe no pueden fiarse amigos ni enemigos, fuerza es que se perpetúen las guerras, que son ménos temibles que una paz engañosa. Donde no servia el engaño, Luis ponía en juego la corrupcion, que en ningun tiempo habia sido tan descarada y sistemática. Lo mismo él que sus ministros conocian la tarifa de cada uno de los ministros ó principes extranjeros, de sus favoritos, y de los favoritos de los favoritos; y la parte más subli-

me de la diplomacia era la compra de estas usuales condescendencias. El arzobispo de Emburgo escribia desde Madrid, donde se hallaba de embajador, lo siguiente: «Yo hago regalos que ascienden á sumas considerables para mantener honestas relaciones con algunas damas de edad, y que se hacen pagar su conversacion con regalos para las hijas de sus hijos que nunca se dejan ver.» Groat, embajador de Holanda en Suecia, decia á su gobierno: «El rey de Francia ha dado á R. K. en una sola vez, 60.000 florines, con el pretexto de haber sido padrino en el bautizo de un hijo suyo; y por honrado que sea, no creo que quiera mostrarse ménos adicto á Inglaterra. Por esto precisamente yo me he tomado la libertad de insinuaros, que daríais un gran placer á la reina, á quien en este asunto considero como una particular, regalándole un yackt para sus paseos placer.» Cuando Luis mandó comprar el voto del elector de Brandeburgo para el imperio, y el permiso de levantar diez mil hombres, Colbert escribia: «El rey ha mandado magníficos regalos para la mujer del elector: una habitacion completa con sillería, cama, tapicería, un espejo y dos veladores (gueridons) de plata; de modo, que vereis que su majestad previene la necesidad indicada por vos de hacer un vistoso regalo á esta princesa, y que no se trata de un diamante, ni de un collar de perlas, por lo que debeis retirar la orden dada en Holanda. En cuanto al dinero que ha de distribuirse, me remito á lo que os hará saber el señor de Lionne.»

En otra ocasion escribia Colbert á Lionne: «El señor de Schwerin asegura haberos anunciado, que las buenas palabras que él me habia dado para la conclusion del tratado, habian inducido á su majestad á mandar que le asegurasen de su consideracion hácia él, haciéndole al mismo tiempo un regalo de 10.000 escudos. No os repetiré los cumplimientos que me hizo. Con un poco más de ingenio, he hecho otro tanto con el príncipe de Anhalt que concluyó por aceptar 12.000 escudos. En cuanto á la esposa del elector, habiéndome hecho entender estos señores que un diamante de 10.000 escudos sería muy de su gusto, indiqué



al señor de Schwerin que me proporcionase un platero que trabaja para la casa de Brandeburgo, á fin de que buscarse un diamante de este precio, y si se encuentra cual se quiere, lo haré comprar, si no, dejaré el dinero para invertirlo en lo que más plazca á la electora. Aun cuando hubiese llegado el regalo que me anuncias, yo no puedo evitar éste, porque habiéndose sabido que puedo disponer hasta de 100.000 francos, produciria mal efecto el economizar cualquiera cosa. Si llega el otro regalo para la electora, verán en esto un exceso de liberalidad que, unida á la veneracion que, tanto en esta córte como en toda Europa, se tiene á nuestro gran monarca, puede ser útil para la conclusion del tratado, el cual espero enviarnos pronto.» El rey mismo escribia: «No me he olvidado de comprar los sufragios del príncipe de Anhalt y del señor de Schwerin que son los principales en el consejo de la córte de Brandeburgo, y con 22.000 escudos divididos entre los dos, me servirán luégo y con todo el buen éxito que yo puedo desear.» Y en otra ocasion: «Yo habia dado orden á mi embajador de distribuir dinero entre los principales diputados de las Provincias Unidas, y tambien en las ciudades particulares para que me hicieran árbitro de las deliberaciones y de la eleccion de sus magistrados, porque creia de mi interés el alejar de los cargos públicos á todos los que pertenecian al partido de Orange que eran afectos al rey de Inglaterra.» Igualmente dió á Sidney 200.000 francos para que alimentando al partido republicano de Inglaterra, arrojase del trono á Guillermo de Orange; remuneraba á Carlos II y á Jacobo Estuardo, y se conservan documentos de los subsidios que pasaba á los miembros de la oposicion en Inglaterra.

No hace mucho, que vió la luz una curiosa lista de los donativos hechos por él desde 1669 hasta 1714, con expresion de su valor, la persona á quien se hicieron y áun el objeto, en la cual se hallan cardenales, ministros, príncipes, duquesas, capitanes, marinos, poetas, jesuitas, camareros y cantatrices. Al nuncio pontificio, mediador de la paz de Nimega, le regaló una cruz de diamantes de 9.125 francos; al cardinal Pedro Ottoboni (que luégo fué papa con el

nombre de Alejandro VIII), una caja abrillantada para tabaco de 24.677; y al inquisidor general de España, un anillo con un magnífico diamante rosa de 18.540 francos. Cuando iba á estallar una guerra, Luis no hacia ménos provision de armas en los arsenales, que de alhajas en las joyerías, y éstas eran siempre las precursoras de sus tropas: en 1671, mientras se preparaba contra Holanda, llovian joyas en los gabinetes extranjeros; á la embajadora de Saboya le dió perlas y diamantes; un servicio de plata al embajador; una cruz de doce brillantes al elector de Colonia; 120.000 francos en piedras finas al duque de Neusburgo; anillos y cajas á los parientes y secretarios del elector de Maguncia; otros por valor de 20.000 francos al obispo de Munster, y así á todos los demas. Durante la guerra dió riquísimos regalos á cada uno de los potentados de Inglaterra; un retrato con diamantes de 12.000 francos, y un anillo, tambien de brillantes de 36.000 á lord Arlingthon; al célebre Buckingham una caja de 28.000 francos; al duque de Monmouth una espada de 33.000; á la condesa de Sunderland un brazalete de 10.000, y á su marido una caja de 17.000.

Mas modestos quizá, pero no ménos corruptores regalos recibian las repúblicas; y á los Justiniani, á los Contarini y á los Durazzo iban unidos nombres suizos y holandeses. Al primer embajador moscovita Potemkin se le dió una mezquina caja de 3.000 francos, pero unida á unas cortinas de Gobelín, más doce tapices, doce vestidos de brocado de oro y cuatro de paño escarlata, como se usaban en Turquía; al segundo una tapicería y algunos relojes y péndolas; al rey de Siam escopetas adornadas de piedras finas; á los salvajes convertidos del Canadá medallas de oro, y á un príncipe negro de Africa una caja con diamantes.

¡Cuánto debieron disfrutar sus muchas amigas, los hijos de éstas, sus sobrinos, y las comadres, ayas, cirujanos y camareros! Los miembros del Parlamento y los magistrados no contraian bodas ó bautizaban un hijo sin que recibieran sus dones y además muchos recurrían al rey para sus deudas ó para reponer su casa.

Otra especie de corrupcion, aunque á la ver-



dad ménos innoble, era la proteccion que se dispensaba á los literatos y á los artistas. Como Napoleon y como todos los déspotas, no sufría que ningun hombre quedase fuera del círculo de su poder; apoyaba las demandas y las promovía, y ray de aquellos que manifestaban desdeñar sus favores! Los literatos habian tomado una parte activa en la Liga y en la Fronda; se habian acostumbrado á observar los actos del gobierno y á censurarlos, pero Richelieu les puso la librea igualmente, é introdujo el sistema de las adulaciones; despues Luis pensó cerrarles la boca con pensiones de su bolsillo privado y con puestos en la Academia, y de este modo, de opositores les convirtió en panegiristas, y como decia Colbert, «la inteligencia rindió respeto y vasallaje al monarca.»

No contento con tener una brillante multitud de sabios nacionales, los buscó además entre los extranjeros, y mayormente entre los italianos; señaló pensiones á Viviani, al maligno historiador Siri, y al arquitecto Bernini; dió 100 escudos anuales al erudito Datti; 500 al milanés Octavio Ferrari por un panegírico; 150 doblones á Graziani; otros tantos á Achillini por una oda ampulosa; á Tollerí de Fano le dió para que preparase las máquinas para su teatro; una medalla de oro á un jesuita italiano por un poema latino; al Sr. Baba una cadena de oro por un poema sobre el busto del rey; al piomontés conde de San Martin una caja de 1.000 francos por un poema sobre la destruccion de la herejía; al marqués de Natta, una cadena y medalla de oro por una tesis que le dedicó; mandó llamar al latinista Bonamici para que escribiese la toma del puerto de Mahon; encargaba que preguntasen por la salud de Magliabechi á cualquiera que viniese del otro lado de los Alpes; y en recompensa recibia de todos elogios y aplausos que no se avergonzaba de pedir.

Por lo demas, protegia mejor á las medianías que á los sabios; no hizo trabajar al pincel de Le Sueur, sino al de Le Brun, y encontró oposicion en los mayores pensadores de aquel tiempo: en el año que más liberal estuvo con las letras y las ciencias, gasto 53.200 francos en pensiones para nacionales, 6.300 para

extranjeros, y algunas gratificaciones que con las sumas precedentes componen la de 100.866 francos, que no eran nada para la gran esplendidez de Luis. Tan interesada proteccion sólo podia existir á costa de la dignidad de quien la recitaba, y se convertía en amargura, porque sobre aquellas cabezas vanas ó pensadoras pendía siempre la espada de Damocles: si Mezerai se atrevía á decir una verdad, se le quitaba la pension; si se sospechaba que Fenelon en el *Telémaco* aludía á la corte, se le relegaba á su obispado; los billetes reales tambien cerraban por largos años en la Bastilla á personajes de alta jerarquía, sin que el mundo, ni á veces ellos mismos, supieran la causa: Boileau estaba siempre dispuesto á satirizar aquello que no agradaba al rey; el abate Cassagne se desesperaba porque era criticado por éste; Racine murió de sentimiento porque el rey le separó de su gracia, y el mismo Fenelon llamó *desgracia* á su extrañamiento de la corte.

Luis brilló en un siglo aficionado á prodigar elogios; y causa disgusto ver cómo se prodigaban á efímeras producciones, y las vulgarísimas fórmulas encomiásticas que se usaban, ménos bajas aún que insignificantes. Corneille en su dedicatoria de la *Muerte de Pompeyo*, llama á Mazarino «hombre superior al hombre,» y dice que en la descripcion de Pompeyo, de Augusto y los Horacios, se encontró sin pensarlo inspirado por la imágen de aquél. Corneille era uno de los caracteres ménos aduladores: figurémonos si los demas estarían satisfechos por haber encontrado un rey que aceptaba y pagaba semejantes bajezas. De aquí el que no hubiese autor de su tiempo que no le tributase elogios; la poesía y la pintura, los mármoles y los bronceos no parecían todavía suficientes para celebrar sus fastos; la literatura se deshacia en alabanzas; y allí donde la victoria se alcanzaba sin generosidad, el aplauso carecia de medida y de delicadeza.

Las grandes victorias de Rocroy, de Nordingen y Lens, en vez de publicarse en la *Gaceta de Francia*, fueron eternizadas en medallas al uso romano. Este lujo tuvo principio en la minoría de Luis, ejercitándose el ingenio con emblemas y motes, como en el tiempo de los



torneos; y el sol, la mano con la espada, las noches estrelladas, los lirios creciendo al abrigo de un árbol y el mar enfurecido que viene á humillarse en las playas, se repetían entonces ya con mucha frecuencia; pero al subir al trono, la numismática registró sus páginas de bronce hasta los más pequeños sucesos del monarca, y los falseó muchas veces. Los panegiristas no encontraban fórmulas bastantes para ensalzar la guerra de Holanda; y el Olimpo y Cristo, alegorías gentílicas y símbolos de la Sagrada Escritura, la sátira de Boileau y el sermón de Bossuet, se unieron para elevarla hasta el cielo; hasta el papa mismo mandó á decir que se congratulaba de una empresa que habia comenzado por la prostitucion de la señorita Keroyalle á Carlos II, y continuado con los asesinatos de los Witt y de un pueblo entero. El marqués de la Feuillade, cuando se inauguró el monumento de la plaza de las Victorias, dió tres vueltas al rededor de él á caballo á la cabeza de su regimiento, haciendo las inclinaciones que los paganos acostumbraban hacer á sus emperadores; y delante de aquel monumento se tenian hachas encendidas como en los altares. Siendo viejo ya el rey, se lamentaba un dia de estar desdentado, y el cardenal de Estreé: «pero señor» exclamaba «¿y quién tiene ya dientes en la boca?» Un predicador exclamaba: «Todos nosotros moriremos;» pero corrigiéndose de pronto y volviéndose hácia el rey añadió: «Casi todos nosotros moriremos.»

La vanagloria era el defecto más grande de Luis, que la llevaba hasta la puerilidad. Sin tener voz ni conocer la música, tarareaba con frecuencia arias compuestas en su propio elogio; le gustaban las revistas, las paradas y los simulacros; se ponía lleno de gozo al oír elogiar su bella presencia, su continente majestuoso, su airoso porte á caballo, y su robustez infatigable: hablaba continuamente de sus campañas y de sus tropas, y como sabia narrar muy bien, queria estar narrando siempre. Despues de la paz de Ryswick, que tantos tesoros habia costado, ordenó la famosa revista del campo de Compiégne que costó tanto como una guerra: do modo que veinte años despues no se habia

pagado á algunos regimientos, todavía. Hasta la edad de treinta años y dos años tomó parte en los bailes de la corte, haciendo admirar la agilidad de sus miembros.

En aquel tiempo se edificó bajo la direccion de Leveau el colegio Mazarino. Bernini, el arquitecto entonces de más nombre, llamado para terminar el Louvre, fué recibido espléndidamente y retribuido con la asignacion de 72.000 francos; pero al diseño presentado por éste fué preferido el de Claudio Perrault, que se consideró por todos como una maravilla. Le Notre dibujó el jardín de las Tullerías; los Campos Eliseos unieron la amenidad del campo á la elegancia de la ciudad; Liberato Bruant trazó el hospicio de los inválidos, al que Julio Mansard sobrepuso la inmensa cúpula de cincuenta piés de diámetro por ciento veintitres de altura. La puerta triunfal de San Dionisio fué levantada por Francisco Blondel, y por Pedro Bulet la trifaria de San Martin; la plaza Vendome fué abierta en 1682, y abandonada luego á la ciudad que acabó de construirla en 1701: Domingo Cassini fué el encargado de dirigir los trabajos astronómicos en el observatorio levantado por Perrault. Además se construyeron tambien en aquel tiempo los puentes Real y de la Tournelle, la plaza de las Victorias, los baluartes, las banquetas que se encuentran á lo largo del Sena, las iglesias de San Roque, de la Asuncion, Val de Gracia, la Salpetriere, el hospicio de los *Quinze-Vingts*.

Pero Paris fué siempre la ciudad del pueblo, y Luis, que tuvo que huir de ella en tiempo de la Fronda, quiso prepararse una capital artificial donde los cortesanos no fuesen distraidos de su admiracion por hombres que no participasen de ella, y en la que permaneció de hecho la monarquía hasta el dia en que «el pueblo reconquistó á su rey» para guillotinarle. Bajo la direccion de Leveau primero y despues de la de Mansard, Versailles llegó á ser el palacio real más magnífico, al rededor del cual se levantó una ciudad; pero por llevar el agua del Eure con máquinas en aquel tiempo maravillosas, no se hizo cargo Luis de que las orillas de este rio quedaban estériles; y su brillante infantería, que se ocupaba en estos trabajos, parecia á